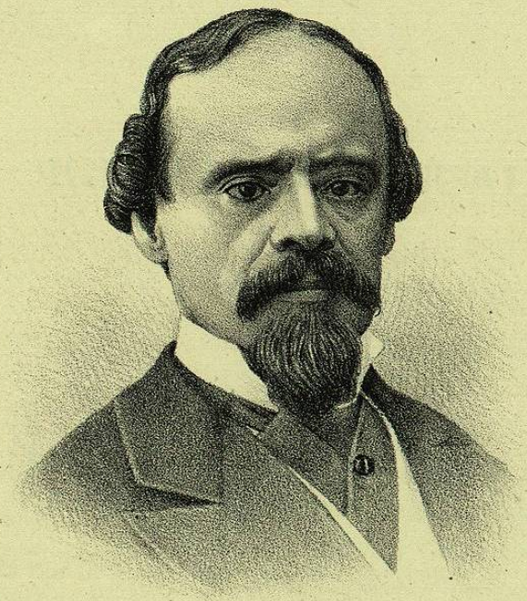

LIC. IGNACIO MARISCAL

Secretario de Relaciones Exteriores.

IGNACIO MARISCAL.

"El hombre público, para ser útil á sus "conciudadanos, necesita tener más conduc- "ta que entusiasmo."

CONDORCET.

I

DESPERTAR á la vida en un pueblo de titanes, es traer desde la cuna la gloria del talento por guía. Oaxaca, tierra privilegiada por la Naturaleza para producir héroes como Porfirio Díaz y semidioses como Benito Juárez, ha sido matrona fecunda, de cuyo seno han surgido siempre inteligencias superiores.

Un día del año de 1829, el 5 de Julio, vino al mundo en la ciudad de Oaxaca, Ignacio Mariscal, uno de los diplomáticos más hábiles de la República Mexicana.

Fue á la escuela primaria para abrir su alma á la luz, y luego al aula para desposarla con la ciencia.

Tuvo que abandonar su patria, muy joven aún, trayendo á la Gran Metrópóli un mundo de esperanzas en su cerebro. Iba á dejar su pintoresco valle, á cruzar las Mixtecas, á penetrar á los planíos de Tehuacán y Puebla, y á contemplar cima y nevera más bella que las del Zempoaltepec, que se alzaba todas las mañanas, á lo lejos, desafiando majestuoso los iris encantadores del sol oaxaqueño. Cuando dejara Puebla para traspasar la enhiesta cordillera del Popocatepetl, sentiría en su espíritu esa profunda conmoción de lo imponente y sublime. El Popocatepetl, ese eterno testigo de nuestras glorias y nuestras desgracias, había visto ondear el pabellón de Castilla en los campos de Otumba y entre las barricadas de cadáveres aztecas que servían de muralla de defensa contra el conquistador ibero. Luego el pabellón de Iguala, ese querido pabellón tricolor, á cuya santa enseña el pueblo mexicano se hizo libre. Y al penetrar al encantador Valle de México con sus ilusiones y sus sueños, Mariscal sintió algo que no podía explicarle la oleada inmensa de seres humanos que iba á encontrar á su paso. Sentía una necesidad nerviosa: quería hacer versos: era poeta. Y su mundo de ilusiones se transportó á sus endechas, que primero guardó, como hombre prudente, en el secreto.

Pero venía en busca de una arma con que luchar y vencer en esa terrible lucha por la existencia, especie de maldición de Ashavero, que lleva el hombre para su vida.

Así fue que dejando á su lira brotar dulcísimos acordes, se acordó de las Institutas de Justiniano, de las Leyes de Partida, de la Filosofía de Balmes y de todo ese conjunto de libros que antiguamente educaban el espíritu humano, para cambiar al joven imberbe, cuando apenas penetraba á la vida, en un hombre docto. Mariscal recibió el título de abogado de los Tribunales de la República, á los veinte años de edad, esto es, en 1849, terminada la injusta invasión norte-americana. Sus exámenes de abogado los sustentó en la Ciudad de México.

II

Con su pergamino debajo del brazo parte para su tierra natal. Va á desempeñar en Oaxaca la Procuraduría fiscal de Hacienda, y luego otras comisiones y empleos de alta categoría.

Entonces le sorprende la lucha. Olvida por un momento la toga del jurisconsulto. Se afilia en el partido liberal, y al penetrar á él, lleva también su alma de liberal. Va al periódico, y en mesurados y bien escritos artículos, sostiene los principios democráticos como base fundamental de la felicidad de los pueblos, y escribe sin descanso, para difun-

dir la noble idea de la libertad. Entonces la tiranía siente los primeros embates de la tempestad que sobre ella se va á desencadenar. Santa–Anna tiembla de miedo. Mira enemigos en su misma sombra, y como Rosas, el tirano argentino, cree ver en las cabezas de sus víctimas, no las acusaciones de sus crímenes, sino siniestras miradas enemigas que le despedazan el alma. Es el remordimiento, veneno oculto que devora la vida del criminal, el que produce esos paroxismos que solo terminan cuando los ojos del tirano reflejan en su retina charcos de sangre libre.

Oaxaca era uno de los focos del liberalismo, y los apóstoles de él debían sufrir el miedo del tiranuelo Santa–Anna. Mariscal, propagador de las ideas democráticas, fue uno de los desterrados á México, bajo la vigilancia de la policía.

Aquí vino á trabajar como abogado, sin olvidar jamás sus compromisos con la Patria.

Surge en Ayutla el glorioso levantamiento de los republicanos. Las chusmas revolucionarias, como las llamaban los santanistas, derrocaron al dictador y trajeron al Palacio Nacional, al inmaculado caudillo del Sur, al bravo Gral. D. Juán Alvarez. Hombre de patriotismo abnegado, de modestia increíble, declinó el poder que el pueblo le confiara en un hombre débil, á quien sedujo el inverecundo clero mexicano: tal fue Ignacio Comonfort, que destruyó su misma obra.

El déspota huyó al extranjero, y entonces el pueblo se aprestó á la lucha electoral. Los revolucionarios triunfantes convocaron un Congreso Constituyente, quizás el primer congreso mexicano en los anales de nuestra vida política, porque en él se formó nuestro Pacto fundamental, esa gloriosa Constitución de 5 de Febrero de 1857, que señala una de las páginas más hermosas de la democracia en América: ella ha sido la regeneración moral de México.

Mariscal, electo diputado propietario al Congreso Constituyente, por el Estado de Oaxaca, fue uno de los más eficaces colaboradores de la gran obra de nuestro Código Político.

Pero el clero, ese reptil que se arrastra para ensuciar con su baba todo lo que hay de bueno é inmaculado, tentó á Comonfort, no como la serpiente del Paraíso prometiéndole una Eva casta y pura, sino trayendo ante sus ojos secreto tesoro. Entonces rasgó el Pacto que él mismo había firmado, y el clero, ebrio de contento, en su orgía de sangre y oro, arrojó al desprecio á su débil instrumento, y restauró la dictadura militar en toda la República.

Juárez, con su carácter de Presidente de la Suprema Corte, asumió el mando de Presidente de la República, conforme á la Constitución. Tuvo que abandonar á México, y marchó á Veracruz, donde estableció el Gobierno constitucional.

Mariscal abandonó á México, cuando el Sr. Juárez salió de la capital. Primero se dirigió á Tacubaya, de allí pasó á Oaxaca, y por último, marchó á Veracruz á incorporarse al gobierno.

Después del triunfo del valiente republicano González Ortega, en Calpulalpam, el Gobierno constitucional volvió á ocupar la capital de la República.

En los tres años de lucha, Mariscal desempeñó varios cargos. En 1857 fué Magistrado supernumerario de la Suprema Corte de Justicia, y en 1859, Juez de Circuito de Veracruz, Puebla y Oaxaca.

Con el triunfo del gobierno republicano, después de la expedición de las Leyes de Reforma, hubo necesidad de practicar estas salvadoras leyes. Mariscal fue nombrado con tal motivo, en 1861, asesor del Gobierno federal en la ejecución de las leyes de desamortización de los bienes del clero.

Aquí probó su no desmentida honradez. En aquel río de oro que muchos aprovecharon, Mariscal supo defenderse de la codicia. Cumplió con su deber, y volvió á su casa tan pobre como había salido de ella.

Convocado nuevamente el pueblo á elegir sus mandatarios, Mariscal vino á ocupar durante los años de 1861 y 1862 su curul en el Congreso de la Unión. A fines de 1862 fue nombrado Magistrado de la Suprema Corte, cargo que tuvo que renunciar por haberlo nombrado Juárez, Oficial mayor de la Secretaría de Relaciones Exteriores, en 1863.

III

Puede decirse que aquí comienza la gloriosa carrera diplomática de Mariscal. Su reflexión madura y su juicio clarísimo, lo llevaron, á los 34 años de edad, á uno de los puestos más delicados de cualquier gobierno. Y en aquellos momentos era presa nuestra Patria de la ambición de un César beodo de poderío, que había arrastrado trás sí, no solo á la Francia, sino también á Inglaterra y España.

Pero Doblado, ese Talleyrand mexicano, logró destruir la alianza tripartita. Solo Bonaparte trajo á México sus soldados para defender sus ambiciones, enmascarado con su protección al clero. Y logró eterna deshonra para su estirpe, una infeliz loca y un cadáver imperial que las ondas del Adriático no querían recibir.

La guerra injusta de los traidores y los franceses, fue una guerra de conquista y de odios; toda la podredumbre removida que quería manchar el

blanco manto de azucenas en que descansaba un momento de sus fatigas la joven República.

Después de la toma de Puebla, el Gobierno constitucional abandonó á México y se dirigió á San Luis Potosí. Mariscal marchó también á dicha ciudad, y de allí se dirigió á Washington en calidad de Secretario y abogado consejero de la Legación Mexicana, al lado de D. Juán Antonio de la Fuente, Secretario de Relaciones, nombrado nuestro Ministro Plenipotenciario en los Estados Unidos.

En este elevado puesto, Mariscal permaneció en la República vecina todo el tiempo que duró la guerra contra la intervención y el imperio. Allí defendió con laudable patriotismo los derechos de México, y fue el más eficaz colaborador de D. Matías Romero, gloria de México y de Oaxaca, el cual logró que el gobierno de los Estados Unidos tomase una actitud verdaderamente imponente contra Napoleón, obligándole á que retirase sus tropas del territorio mexicano, en virtud de la doctrina de no-intervención, imperante en todo el Continente Americano. El *ultimátum* dirigido en una nota diplomática por Mr. Seward al Emperador de los franceses, lo hizo que sus tropas se embarcasen completamente aniquiladas, rumbo á Francia.

Después de la toma de Querétaro, del fusilamiento de Maximiliano, Miramón y Mejía, y de la

ocupación de México por Porfirio Díaz, el 21 de Junio de 1867, la República se restauró y el gobierno de Juárez volvió á ocupar el Palacio Nacional.

Entonces Mariscal fue nombrado Encargado de Negocios en Washington, por haber regresado á México nuestro Ministro cerca del gobierno de los Estados Unidos.

IV

Grandes simpatías conquistóse Mariscal en el país vecino; pero deseoso de volver á su patria, renunció su alto empleo, y llegó á México, donde fue nombrado sucesivamente Presidente del Tribunal Superior del Distrito Federal, diputado al Congreso de la Unión y Magistrado de la Suprema Corte de Justicia.

En Julio de 1868, Juárez lo nombró Secretario de Justicia é Instrucción Pública. En este importante puesto llevó á cabo, sosteniendo con gran caudal de conocimientos jurídicos y filosóficos, en el seno del Congreso, la ley de Jurados en materia criminal. Esta reforma judicial honra en extremo á Mariscal.

Menos de un año desempeñó la Secretaría de Justicia, pues en Junio de 1869 fue nombrado Mi-

nistro Plenipotenciario de México en los Estados Unidos. El gobierno de aquel país recibió cariñosamente al alto funcionario que tan gratos recuerdos dejara durante su primera estancia en Washington.

En Mayo de 1871 fue llamado violentamente de México, con motivo de la crisis ministerial; pero pasada ésta, retornó á su puesto, en el que permaneció seis años.

El 18 de Julio de 1872 acaeció la muerte del Benemérito de las Américas, Benito Juárez, y D. Sebastián Lerdo, Presidente de la Suprema Corte, entró á sustituirlo conforme á la Constitución, siendo electo después Presidente Constitucional. Durante el cuatrienio presidencial de Lerdo, Mariscal siguió desempeñando la Legación de México en Washington; pero con motivo del triunfo del Plan de Tuxtepec y de la ocupación de la capital de la República por el Gral. Díaz, en Noviembre de 1876, tuvo que abandonar la Legación, dirigiéndose á México.

Poco tiempo estuvo separado de la cosa pública. El Gral. Díaz, digno apreciador de las aptitudes de Mariscal como político, como jurista y como hombre de preclaro talento é ilustración, llamólo á su lado, y lo nombró Magistrado del Tribunal Superior del Distrito Federal, y en Diciembre de 1879, Secretario de Justicia é Instrucción pública.

Grandes trabajos y de trascendental importancia llevó á cabo Mariscal en el ramo de Justicia. Asociado á una comisión de ilustrados jurisconsultos, publicó en 1880, el Código de Procedimientos Civiles, la ley y reglamento sobre nueva organización de Tribunales, y el Código de Procedimientos Penales, completando así nuestra legislación patria.

Pero el Gral. Díaz que supo reconocer en Mariscal al hábil y entendido diplomático, no vaciló en llamarlo á la Secretaría de Relaciones, el último año de su primer período presidencial. Tratábase de la reanudación de nuestras relaciones con Francia. Mariscal condujo este negocio con un tacto delicadísimo y con un talento político que asombró. El también logró la reanudación de nuestras relaciones con Inglaterra y Bélgica.

V

Terminado el primer período presidencial de Porfirio Díaz, en virtud del principio de no-reelección, proclamado por el Plan de Tuxtepec, reformado en Palo Blanco, ocupó la presidencia de la República el Gral. Manuel González, hoy Gobernador reelecto de Guanajuato.

El Gral. González nombró á Mariscal su Secre-